

## Francisco Antonio Encina en algunos ensayistas de los sesenta en Chile

Por Javier PINEDO\*

### *Introducción*

AL ANALIZAR EL PENSAMIENTO de un grupo destacado de ensayistas chilenos de los años sesenta sorprende la fuerte presencia entre ellos de Francisco Antonio Encina, su concepción de la historia y su proyecto de país. Al intentar saber la causa de dicha presencia, sostengo que lo que resulta más atractivo de Encina para los ensayistas de los sesenta es la idea generalizada de que Chile vivía una crisis, idea a partir de la cual establecerán un diagnóstico similar para su época, lo que podemos denominar como la adopción de la matriz de pensamiento de Encina.

Sin embargo, frente al tema de la crisis no todos los pensadores de los años sesenta reaccionaron de igual manera y pueden distinguirse al menos dos formas de pensamiento: la de quienes asumen la matriz creada por Encina, que se constituye en una propuesta de modernización económica, nacionalista, burguesa y antioligárquica, y la de quienes hacen suya la matriz creada por Luis Emilio Recabarren, de carácter internacionalista, socialista y que busca un cambio social sosteniéndose en el sector popular.

### *Francisco Antonio Encina (1874-1965) su pensamiento*

DE entre los autores del Centenario, el más citado por los ensayistas de los años sesenta es sin duda Francisco A. Encina porque, además de encarnar el espíritu de su época, fue quien propuso un programa de acción más coherente para salir de la crisis.<sup>1</sup> Encina es un historiador

\* Director del Instituto de Estudios Humanísticos Juan Ignacio Molina de la Universidad de Talca, Chile. E-mail: <jpinedo@utalca.cl>. Este trabajo forma parte del proyecto de investigación: "Ensayo literario, ciencias sociales, pensamiento político, sensibilidades y su relación con las redes intelectuales, en los (largos) años sesenta en Chile: 1958-1973", financiado por FONDECYT-Chile.

<sup>1</sup> El Centenario y Encina en particular han sido estudiados a lo largo del siglo xx por Cristián Gazmuri, Bernardo Subercaseaux, Sofía Correa, Alfredo Jocelyn-Holt, Hernán Godoy, Renato Cristi y Carlos Ruiz, entre otros. En todos ellos se presentan interesantes interpretaciones sobre esa generación. En esta ocasión sólo me referiré a los trabajos que fueron publicados durante los años sesenta.

conservador y nacionalista conocido por su *Historia de Chile* y autor de un libro emblemático, tanto por lo provocativo de sus tesis como por haber sido publicado en los años cercanos a 1910: *Nuestra inferioridad económica*.<sup>2</sup> Ese libro fue muy leído, analizado y recontextualizado en los años sesenta. El pensamiento de Encina se puede sintetizar en cuatro puntos básicos:

1) Chile logró organizar tempranamente un Estado político por la acción de Diego Portales y los gobiernos conservadores, lo que le permitió alcanzar el desarrollo económico y la estabilidad política. Esta situación transformó a Chile en un país distinto y superior en América Latina.<sup>3</sup> Menciona, además, la presencia de un grupo de empresarios pioneros que, como José Tomás Urmeneta, José Santos Ossa, Matías Cousiño, Diego de Almeida José y Antonio Moreno, ampliaron el horizonte económico chileno con nuevas industrias. Ambos hechos permitieron que el país creciera de manera importante en los primeros sesenta años de la postindependencia y se desarrollara la minería, el comercio, la agricultura y la industria. Además de mantener el equilibrio político y la estabilidad social.

2) Sin embargo, en 1910 Chile vive una crisis que se manifiesta en la falta de desarrollo económico, lo que afecta directamente a su disminuida nacionalidad. Un país que se cubre de conventillos y miserias junto a fastuosas mansiones. Se abre así un debate sobre si la sociedad chilena estaba efectivamente o no en crisis, y las dos posiciones entregan buenos argumentos. Probablemente Encina, al insistir que la crisis era real, exageró para fortalecer sus argumentos tratando de convencer al país de la necesidad de un nuevo proyecto burgués, modernizador, antioligárquico y antipopular que permitiera alcanzar el desarrollo y la independencia económica. Por otro lado, aquellos otros que señalan que no había motivos para la crisis yerran al desconocer que Chile arrastraba antiguos y pesados problemas económicos y sociales, además de educacionales y culturales lo que aunado al gran número de huelgas y masacres populares es prueba de esta crisis.

3) Para Encina, los culpables de la crisis son los políticos liberales que entregaron el país a las grandes empresas extranjeras. En su opinión, con la llegada de los liberales al poder y la imposición de las políticas del

<sup>2</sup> Francisco Antonio Encina, *Nuestra inferioridad económica*. Santiago, Universitaria, 1912. El libro fue reeditado justamente en 1972, lo que prueba el impacto que tuvo durante nuestra época de estudio.

<sup>3</sup> A lo largo de la historia de Chile Diego Portales, como Encina, ha sido estudiado por Sergio Villalobos, Sofía Correa, Alfredo Jocelyn-Holt y muchos otros, como una figura clave para comprender la historia política del país. Todos ellos, con excepción de Jocelyn-Holt, presentan al Estado creado por Portales de una forma más mítica que real. En esta ocasión sólo me referiré a los trabajos publicados durante los años sesenta.

economista francés Jean Gustave Courcelle-Seneuil (1813-1892)—que permaneció en Chile entre 1855 y 1863—, que consistían en rebajar los aranceles y permitir el ingreso de productos y empresas extranjeras, se produjo hacia 1860 la decadencia del espíritu empresarial nacional.

Así, la burguesía chilena moderna, de las más dinámicas de América Latina, fue débil en comparación con las burguesías norteamericana y europea, que terminaron por desplazarla en las últimas décadas del siglo XIX.

4) La solución que propone Encina para superar la crisis es doble: organizar un sistema educacional que fomente el espíritu emprendedor, racional y técnico; y regresar al estatismo, a una política conservadora y nacionalista que proteja los intereses nacionales, abatidos por burguesías extranjeras más fuertes. Esta solución es bastante atípica en una época de fuerte antipositivismo como el que se vivía en el momento en que Encina publica su libro y que se manifestó en los debates respecto de una educación “humanista” propuesta por Enrique Molina y una “técnica” por Encina, quien asume lo que podemos denominar un “neopositivismo”, práctico, antiteórico, antiintelectual y antiliberal.

5) Por último, la imagen del pueblo que posee Encina es más bien negativa: lo define incapaz de asumir los desafíos de la modernización del país. Esta negativa imagen está particularmente presente en sus racistas descripciones de los mapuches.

Las limitaciones raciales son las que explican, según él, el estancamiento económico. Sus opiniones abundan en este tipo de afirmación:

El español que suministró el aporte paterno de nuestra raza, fue más guerrero, más audaz y más enérgico, en una palabra, un elemento étnico mucho más próximo al tipo netamente militar [...] Como consecuencia de esta proximidad a la etapa militar, compartía el desprecio que todas las razas en el mismo estado social han profesado por los oficios manuales, por el comercio y por la actividad económica en general [Y a continuación agrega] El araucano, que no había salido de la barbarie, no sólo tenía invencible repugnancia por el trabajo, sino que aún no había desenvuelto las aptitudes que lo hacen posible.

Así, con base en estos dos elementos constitutivos, concluye: “El mestizo que forma el fondo étnico de la población rural, descende, pues, de progenitores cuya psicología económica era, todavía, rudimentaria”.<sup>4</sup> La misma “biologización” de la historia y la cultura se observa cuando (reiteradamente) define a los grandes liberales del siglo XIX, como “descerebrados”.

<sup>4</sup> Encina, *Nuestra inferioridad económica* [n. 2], pp. 166-167

El diagnóstico final de Encina afirmaba que de ser un país exitoso Chile se convirtió en uno derrotado y mutilado, y recurre a ideas simples pero efectistas para probarlo, como decir que mientras en 1879 el país había ganado extensos territorios en el norte, en 1881 perdió la Patagonia, lo que influye en una débil identidad nacional. Algunos títulos de capítulos del libro de Encina dan el tono de su punto de vista: "Debilidad y lentitud de nuestra expansión material", "Decadencia del sentimiento de la nacionalidad", "Nuestra inferioridad económica es un fenómeno distinto e independiente de las crisis comerciales", "El valor económico de un territorio sólo puede ser estimado con relación a la raza que lo puebla", "Psicología económica del pueblo chileno", "Causas de la debilidad y lentitud de nuestro desarrollo después de 1865", "Causas de la decadencia del sentimiento de la nacionalidad", entre otros.

En opinión de Encina, el mejor momento en la evolución histórica de Chile fue entre 1810 y 1865, "periodo en que se manifiesta cierto equilibrio entre la producción y el consumo, entre las aspiraciones y los medios de satisfacerlas: el país vive en relativo aislamiento, el contacto con Europa es e caso, el lujo y la ostentación se mantienen adormecidos, la vida es sencilla, la nación se desarrolla con rapidez y llega a ser la primera entre las de Hispanoamérica".

En conclusión, lo mejor es mantener a Chile aislado de América Latina, levantar una economía industrial y no agraria, una política con altos aranceles que protegieran la industria nacional, mejorar la educación y alcanzar el desarrollo económico. La obra de Francisco A. Encina debe de ser la que más ha influido en la constitución de una imagen de país. Su repercusión en los años sesenta, como intento probar, es otra demostración de esta afirmación.

### *La presencia de Encina entre los ensayistas chilenos de los años sesenta*

UESTRA investigación se basa en los ensayos que se publicaron entre 1958 y 1973, periodo al que denomino como los largos años sesenta. En 1958 se constituyó el Frente Popular, hecho que marcará una parte importante de la política de la década y media. Un año más tarde, en 1959, triunfará la Revolución Cubana confirmando el afán de cambio popular ya señalado. En 1973 el golpe de Estado del general Pinochet pondrá fin al gobierno de la Unidad Popular. Entre ambas fechas se ubica lo que denomino los años sesenta chilenos.

Al analizar estos ensayos, como he dicho, se observa la presencia de la matriz conceptual creada por el nacionalismo de Encina. Sus ideas

impactaron en un comienzo, obviamente, a los conservadores (Alberto Edwards, Jaime Eyzaguirre, Hernán Díaz Arrieta), pero terminaron por influir a representantes de un amplio espectro político, incluido algún sector de la izquierda.

Entre los que mencionan o asumen el proyecto de Encina debemos incluir, más allá de sus tendencias ideológicas, a Aníbal Pinto, Horacio Serrano, Hernán Díaz Arrieta, Jorge Teillier, Benjamin Subercaseaux, Ariel Peralta, Guillermo Feliú Cruz, Raúl Silva Castro, Alfonso Calderón, Luis Oyarzún, Hernán Godoy y algunos otros. Es decir, un amplio número de autores que desde posiciones contrapuestas hicieron suya, en mayor o menor medida, la matriz historiográfica de Encina y particularmente de su libro *Nuestra inferioridad económica*.

*El tema de la crisis nacional  
y el proteccionismo económico*

ÉSTE se constituye en el tema básico a partir del cual se elaboran las propuestas posteriores. Casi no hay autor de los sesenta que no considere de una u otra manera que Chile se encuentra sometido a una crisis global. En el economista Aníbal Pinto (1919-1996) la presencia de Francisco A. Encina es manifiesta.<sup>5</sup> Sus trabajos se insertan en el contexto de las reflexiones de la CEPAL y el desarrollismo.<sup>6</sup> En esta investigación me refiero sobre todo a su libro más conocido, *Chile, un caso de desarrollo frustrado*, uno de los ensayos fundamentales del periodo, y en el que Pinto realiza una exposición de la (frustrada) economía chilena desde 1860 hasta 1950 para probar su tesis: que el país ha ido de la prosperidad al atraso. Aníbal Pinto obtiene una parte fundamental de su diagnóstico sobre Chile justamente de la lectura de Encina e incluso podemos decir que conoce la historia de Chile a través de Encina. Desde esa lectura Pinto critica el modelo del “crecimiento hacia fuera” y el liberalismo en general. Sus ideas sobre la economía del país en los últimos cien años (1860-1960) están muy inspiradas en Encina, a quien permanentemente elogia por su clarividencia. Sus opiniones son las siguientes:

1) A pesar de las favorables condiciones que mantuvo el país a lo largo de ese tiempo, el desarrollo no pudo “tomar cuerpo”, por lo menos en un

<sup>5</sup> Aníbal Pinto, cercano al partido radical, estudió en la Universidad de Chile y en la London School of Economics. Su principal libro, *Chile, un caso de desarrollo frustrado* (Santiago, 1958), lo publicó a los 39 años.

<sup>6</sup> Aníbal Pinto, *Hacia nuestra independencia económica*. Santiago, Editorial del Pacífico, 1953. *Chile, un caso de desarrollo frustrado*, Santiago, 1958. *Chile, una economía difícil*, México, FCE, 1964. *Tres ensayos sobre Chile y América Latina*, Buenos Aires, Solar 1971, así como múltiples artículos técnicos publicados en revistas especializadas.

umento de la productividad del sistema y de una diversificación apropiada de sus fuentes productivas.<sup>7</sup>

2) En el caso chileno ha habido un mayor desarrollo de la democracia que de la economía, lo que se traduce en que “el sistema de producción no está en situación de avalar o de cumplir las expectativas que va creando el régimen político. El *subcrecimiento en lo económico* y el relativo *sobreprogreso* en lo político plantean una contradicción aguda, que es fuente de roces, frustraciones y desequilibrios”.<sup>8</sup>

Para Pinto, de continuar este sistema la crisis social será inevitable, pues éste es el panorama que observa en Chile donde el sistema democrático tuvo, en su opinión, “mucho de fachada con escaso fondo o de edificio con cimientos precarios”. Es su tesis central: o crecimiento económico o ruptura y fin de la democracia.

De acuerdo con este autor, la tarea primordial de Chile en la postindependencia fue la de “crear un Estado; una institucionalidad apropiada; formas políticas y jurídicas que reflejaran o correspondieran al substrato económico-social existente y que permitieran desenvolverse al país dentro de cauces ajustados a las precondiciones”.<sup>9</sup> Es decir, la presencia de Portales como sinónimo de orden social.

Pinto (como Encina) ve a Portales con admiración por su contribución a superar la Colonia y a consolidar la independencia económica y política, y señala que “la mayoría de las naciones latinoamericanas ha tenido que esperar hasta este siglo para superarlo [al mundo colonial] y son varias las que todavía no lo hacen [...] la solución política portaliana fue ventajosa para el desarrollo económico del país”.<sup>10</sup>

La idea de que el gobierno fuerte y nacionalista de Portales produce, en un país pobre y lejano como Chile, desarrollo económico no es exclusiva de Pinto y está bastante más extendida en los años sesenta de lo que

<sup>7</sup> Pinto, *Chile, un caso de desarrollo frustrado* [n. 5], p. 13

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 128. Las cursivas pertenecen al original

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 34 En el prólogo a la 3ª ed de 1973, Anibal Pinto establece un elogio manifiesto a Portales, específicamente en un momento en que la salida de un gobierno fuerte {un golpe militar} era postulado por muchos. Dice Pinto que el intento de su libro fue “recoger en el pasado [ ] puntos de apoyo para la formulación e impulso de proyectos nacionales” Y agrega “Naturalmente, no se trataba de falsificar la historia sino de buscar hechos reales y significativos, como fueron los de la égida y representación ‘portaliana’ de los primeros decenios de la república”, Anibal Pinto, *Chile, un caso de desarrollo frustrado*, Santiago, Universitaria, 1973, p. 16.

<sup>10</sup> Pinto, *Chile, un caso de desarrollo frustrado* [n. 5], p. 34 Y en la edición de 1973 agrega: “Sobra razón para repetir con Encina que el periodo que media entre 1830, cuando se consolida el armazón político, y el fin del decenio de Manuel Montt, constituye un lapso que no tiene precedentes ni ha tenido continuación en nuestra historia (F. Encina, *Historia de Chile*, Editorial Nascimento)”

podiera pensarse, hasta podríamos decir que frente al tema de la superación de la crisis las opiniones se dividen en las de tipo portaliano (no exclusivamente en la derecha) y del tipo balmacedista (generalmente en la izquierda).

Para los primeros, el país necesita el desarrollo económico y una participación política menor, un país aislado en el contexto latinoamericano que mira a sus vecinos con desconfianza. Por tanto, los problemas de Chile son de exclusiva responsabilidad de la voluntad de Chile. Para los segundos, los problemas del país están relacionados con los centros de poder imperialistas, como Nueva York. Chile es una realidad económica dependiente, un país que por sí mismo nunca podrá vencer la pobreza y el subdesarrollo, pues es sólo uno más en el contexto latinoamericano y se debe unir al resto para enfrentar juntos los problemas a los que los tienen sometidos los capitales foráneos. Epónimo de esta versión es el presidente Balmaceda (cuya imagen se utilizó profusamente en billetes y monedas durante el gobierno de Salvador Allende) como un dirigente en oposición al capitalismo inglés. Un presidente que paga con su propia vida las contradicciones de la política y la economía. Presentadas así las cosas, Aníbal Pinto opta por una perspectiva que compatibiliza ambas posiciones considerando a Portales como el padre fundador de una república estructurada que con esfuerzo se impone en el panorama internacional, pero sin dejar de reconocer la negativa presencia de las empresas extranjeras y especialmente de las norteamericanas en Chile.

Este punto de vista, un nacionalismo proteccionista (tanto de izquierda como conservador) influyó, más allá de Pinto, a un grupo importante de intelectuales que coincidió en aumentar la presencia del Estado, desconfiando del liberalismo como sistema de desarrollo. La política económica que propone Pinto, un liberalismo que resguardara la empresa nacional, permitió, señala inspirándose en Encina, “crear un sistema de protección y estímulo que transformó al país en la primera potencia del Pacífico y que llevó la bandera nacional a todos los mares”.

Del mismo modo, Pinto aplaude las medidas tomadas durante el gobierno (conservador) de Montt de “gravar las ganancias extraordinarias y pasajeras de la bonanza minera a fin de ‘aplicar el impuesto a la transformación de la atrasada economía nacional’”, según la opinión de Encina en su *Historia de Chile*, a quien menciona una vez más. Es decir, un modelo basado en la acción estatal y la protección económica por parte de gobiernos considerados realistas, opuestos tanto a las grandes fortunas y al despilfarro como a los liberales, presentados como soñadores, exageradamente libre mercaderistas, que no protegieron la industria nacional y permitieron la fuga de capitales.

En cualquier caso, en Aníbal Pinto la crisis tiene una salida democrática de manera opuesta a aquellos para quienes la crisis se presenta como resultado de las reformas sociales impuestas por los gobiernos de Frei Montalva y de Allende, quienes justamente intentaban superarla.

### *El nacionalismo antiliberal*

OTRO autor que retoma la matriz de Francisco Antonio Encina desde el nacionalismo y desde la figura de Diego Portales es Ariel Peralta en dos de sus libros, *El cesarismo en América Latina* y *El mito de Chile*. En el primero, considerando a América Latina como una identidad histórica, sociológica y cultural, radicalmente diferente a la modernidad (por su mestizaje, su juventud, su anarquismo y su vitalidad extrema), propone aplicar una política propia que corresponda a esta realidad diferente.<sup>11</sup>

Una de estas diferencias la constituye un tipo de gobernante, un César democrático, mezcla de tirano y caudillo, que es el único que puede dirigir la política latinoamericana. Estos Césares, Cortés, Pizarro, Lope de Aguirre, Bolívar, Juan Manuel de Rosas, Fidel Castro, coinciden con la idea de Peralta de que a un continente diferente debe corresponder una política diferente. Entre estos césares, el principal es Diego Portales, al que presenta siguiendo a Encina, con el tipo de argumentos que ya conocemos:

El cesarismo en Chile lo analizaremos en relación al proceso formativo de la república, que después del consabido proceso anárquico encontró en la figura de Diego Portales al atinado conductor, quien con mano férrea impondrá una orientación unipersonalista al gobierno chileno [. . .] Chile se presenta como una de las excepciones en la aparición de individuos pintorescos en la conducción gubernamental y la propia personalidad portaliana es desvinculada en la senda caudillesca o cesárea. Craso error, Chile tuvo la suerte de contar con un individuo de temple, vigor y clara visión futurista, en los albores de su formación republicana; "el Ministro" a quien Encina ha calificado como uno de los políticos intuitivos más geniales que han aparecido en la historia universal, dejó una impronta que aún en los instantes que vivimos parece alumbrar con destellos que no se han consolidado.<sup>12</sup>

Desde un nacionalismo antiliberal y antidemocrático,<sup>13</sup> e inspirándose en autores que van de Gustave Le Bon, Pavlov, Mariátegui y particularmente

<sup>11</sup> Ariel Peralta, *El cesarismo en América Latina*, Santiago, Orbe, 1966.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 17

<sup>13</sup> Peralta postula que Chile sólo ha tenido pequeños paréntesis de democracia y liberalismo: "Una farándula democrática, ni más ni menos; la división clásica de los poderes,



en el libro de W. Drabovitch que recorría las librerías santiaguinas en los años cuarenta, y al que cita: “los dictadores geniales no aparecen con mucha frecuencia [...] En la actualidad, para ser un buen dictador hay que ser un superhombre”.<sup>14</sup> Peralta defiende al dictador como una figura clave en Latinoamérica.

La mirada de Peralta, como la de su maestro Encina, se basa en las razas y para él América posee una falla fundamental, la falta de unión entre el elemento indígena y el español: “Unidos los gérmenes españoles e indígenas, encontramos la raíz primaria del mal endémico de América Latina: la falta de unidad, el espíritu de campanario, que ni la propia mancomunidad de la lucha independentista podría desvirtuar”.<sup>15</sup>

En este contexto, la imagen que tiene Peralta de Portales coincide con lo que hemos señalado, el dirigente que superó la anarquía, organizó al Estado “en forma” (citando a Spengler), logrando que el país creciera económica y políticamente. Y a continuación cita al propio Encina, quien señala que:

Portales es uno de los genios políticos en que la elaboración directa de la realidad, ha alcanzado mayor vigor y profundidad. Su cultura, que era la corriente entre los hombres ilustrados de su época, queda aplastada por el torbellino del pensamiento propio. Pensó tan hondo y en una dirección tan aparte de su tiempo, que sólo un siglo más tarde sus ideas han a ser comprendidas conjuntamente con sus intuiciones.<sup>16</sup>

Peralta establece una historia de Chile en la que está presente un racismo muy de Encina: “Suele verse, que la relativa poca extensión de nuestra anarquía sea explicada por factores raciales positivos, en que la mengua del mestizaje, en sus elementos indígenas o negroides, determinó una ‘formalidad’ menos violenta y apasionada”. Es decir, Chile como un (mítico) país diferente en América Latina y Portales como el principal constructor de ese Chile diferente.

Todo esto fue creando una imagen propia de los conservadores de la época: un país blanco, guerrero, estructurado, superior que recoge Ariel Peralta desde una postura antiintelectual con la que se burla del parlamenta-

la alterabilidad ejecutiva, los constantes procesos eleccionarios, resumen un esquematismo funambulesco, más desmerecido aún en el pensamiento de los que pregonan sus virtudes”, *ibid*, p. 146

<sup>14</sup> W. Drabovitch, *Fragilidad de la libertad y seducción de las dictaduras*, Santiago, Zigzag, 1938

<sup>15</sup> Peralta, *El cesarismo en América Latina* [n. 11], p. 60.

<sup>16</sup> Francisco A. Encina, *Portales*, Santiago, Editorial Nascimento, 1934, tomo I, p. 168, citado por Peralta, *El cesarismo en América Latina* [n. 11], p. 133

rismo, del americanismo, y de cualquier modelo político de origen extranjero. Su adhesión es al hombre fuerte (“el gendarme necesario”)<sup>17</sup> y al nacionalismo: “Portales reclama para sí el título de primer nacionalista, de primer ciudadano que recoge o descubre, bajo el autocratismo de su dominio cesáreo, el sentido nerval de la nación”, pues Portales “sabía que el pensamiento bolivariano de la unidad continental ya no era posible por el margen caótico que sobrevino después de la independencia [...] había pues que organizar en esta parte del continente una nación [Chile] que fuera guía indiscutible de las demás”.<sup>18</sup> Es decir, frente a la crisis la respuesta de Peralta es el “gran ministro”, en el siglo XIX como en cualquier época: “Nadie ha comprobado aún en los hechos, que el legado cesarista de Portales, es el que debe dar la clave de nuestro destino histórico. Cuando alguien la dé, el gran ministro habrá resucitado para siempre en la vitalidad misma de la patria”.<sup>19</sup>

Más tarde, Ariel Peralta publicó *El mito de Chile*,<sup>20</sup> dedicado a resolver el tema de la historia, la política, la identidad del país de manera muy cercana a Encina y los ensayistas del Centenario —Alejandro Venegas, Tancredo Pinochet, Nicolás Palacios—, de quienes celebra sus aportes a la construcción de una identidad nacional y a la denuncia de aquellos que, como los liberales y la oligarquía, destruyeron con sus malas políticas esta identidad.

El tema de la crisis es evidente y concluye que la nación chilena no ha logrado convertirse en una nación moderna, sino que es una “nacionalidad aletargada”, por el modo de vida derrotista del chileno medio, o por el escapismo de las élites pensantes. La causa la encuentra, citando una vez más a Encina, en “la crisis moral” que afecta a la república, en la penetración de civilizaciones más fuertes, en la falta de nacionalismo de la oligarquía, en la pérdida del “vigor pionero” y en el liberalismo que estableció la dependencia con Europa y Estados Unidos.

Para Peralta la crisis que vive Chile es tan amplia que, en su opinión, con el sistema democrático liberal el país perdió la oportunidad de ser una auténtica nación y de ocupar un lugar importante en el continente. Peralta propone la creación de un Estado como el de Portales, organizado y audaz, que fue el que le permitió diferenciarse en América Latina evitando la anarquía y el caudillismo.

Desde esta posición, Peralta se presenta como un antitradicionalista frente a la derecha, así como un antiprogresista ante la izquierda. Se suma

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 145.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 137

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 144.

<sup>20</sup> Ariel Peralta, *El mito de Chile*, Santiago, Universitaria, 1971

a la larga lista de ensayistas que en los años sesenta desconfiaron del liberalismo y probablemente de la democracia como un sistema en el que Chile podría solucionar sus problemas políticos y económicos. Para Peralta, Chile había llegado a un definitivo camino sin salida, transformándose en un "mito", por lo que necesitaba reinventarse como país. Peralta representa una ensayística que mezcla las críticas a la identidad nacional por su incapacidad de asumir la modernidad,<sup>21</sup> como Benjamín Subercaseaux, y al mismo tiempo el nacionalismo de Encina, con quien coincide en su admiración por el chileno pionero del siglo XIX pero, como aquél, exagera sus opiniones; del Estado chileno nos dice que más que en bancarota, sufría una profunda crisis política y económica, y coincide, además, en la necesidad del hombre fuerte (Portales) para salir de la crisis.

### *Un nacionalismo antiliberal*

QUE el nacionalismo conservador de Encina hubiera sido recogido por los conservadores de los años sesenta no habría tenido nada de sorprendente. Sin embargo, que haya influido en pensadores opuestos a esa posición no deja de llamar la atención. Por ejemplo, un diagnóstico similar al de Encina se observa en los artículos del poeta Jorge Teillier, quien escribió crónicas y algunos ensayos breves publicados en periódicos y revistas. En muchos de éstos se refiere directa y positivamente a Encina.

Por ejemplo, en el artículo "Don Francisco Antonio Encina, dentro y fuera de la historia",<sup>22</sup> señala la admiración que se le tiene en Chile al autor y a su *Historia de Chile*, y aunque reconoce que "no son grandes las novedades y cambios aportados por Encina" a la historiografía chilena, valora sus aportes al pensamiento nacional, sobre todo por el carácter vivaz de sus libros, lo que supera la falta de método y del uso de fuentes. "Sin duda que la *Historia de Chile* de Encina presenta una concepción articulada, una interpretación novedosa. Su éxito entre el lector medio ha sido debido a la facilidad del estilo, a la audacia, al desenfado con que trata a los personajes del pasado". Como es de esperar, Teillier señala también sus discrepancias con Encina y toma distancia con respecto a sus posiciones más extremas:

<sup>21</sup> Véase Javier Pinedo, "La ensayística y el problema de la identidad 1960-1988", en José Luis Gómez-Martínez y Francisco Javier Pinedo, *Chile 1968-1988*. University of Georgia, 1988 (*Series on Hispanic Thought*, núms. 22-25), p. 238

<sup>22</sup> *Boletín de la Universidad de Chile* (Santiago), núms. 61-62 (octubre-noviembre de 1965), en Jorge Teillier, *Prosas*, edición de Ana Traverso, Santiago, Sudamericana, 1999, p. 383

la clave de la concepción histórica de Encina (que la hace grata a las clases sociales acomodadas) es el racismo. Encina es un discípulo directo del conde de Gobineau, y en su concepción histórica, de un autor ya casi olvidado: Nicolás Palacios. No está de más señalar que las teorías de Gobineau, adaptadas por Rosenberg, fueron el breviario del nazismo, su justificación teórica. Tanto Encina como Palacios fueron parcialmente, y a su modo, nazistas *avant-la-lettre* (aun cuando Encina fue liberal políticamente).<sup>23</sup>

Es decir, más allá de los errores de Encina, Teillier intenta hacerlo coincidir con el programa de la izquierda a la que él mismo pertenece y nos presenta una visión compleja en la que mostrando sus desacuerdos, trata de no entregarlo a la derecha: “Ahora bien, los círculos derechistas de nuestro tiempo se han apropiado de la figura de Portales y luego de la de Encina en forma por demás arbitraria, pues para el historiador, Diego Portales, junto con O’Higgins, Manuel Montt y Antonio Varas, fueron ‘antiaristocráticos’ y hasta casi revolucionarios en el terreno social”. Teillier intenta recuperar a Encina desde su propia posición política y atraerlo (ingenuamente) hacia su propia causa, con base en cierta valoración de lo popular (más exagerada que real), a su oposición a la aristocracia (real), a su desconfianza de la economía librecambista y liberal (real), a su apoyo a la participación del Estado en cuestiones económicas (real), así como su marcado nacionalismo. Dice Teillier:

El mismo Encina es enemigo del librecambismo, base de la política económica de las clases dirigentes chilenas, y acendrado nacionalista. Las múltiples y contradictorias facetas de Encina hacen posible que pueda ser monopolizado por cualquier bando político, y es curioso observar cómo, con motivo de su muerte, desde conservadores hasta comunistas —representados estos últimos por el escritor y ensayista Volodia Teitelboim— hicieron el panegírico del historiador en sesiones solemnes del Senado.<sup>24</sup>

Y no sólo recupera a Encina y Palacios, sino incluso al conservador Portales, al que considera como “enemigo del librecambismo —pieza fundamental de la economía liberal y cosmopolita— y primer prócer que

<sup>23</sup> Para Teillier el racismo no sólo está presente en Encina sino en el grueso de la población: “A mi juicio el chileno medio es, por desgracia, profundamente racista y antimapucho. Siempre estamos oyendo decir ‘me dio la indiada’, ‘cosas de indios’, ‘te portaste como indio’” Véase “Alonso de Ercilla, fundador poético de Chile”. *El Siglo* (Santiago), 6-vii-69

<sup>24</sup> Teillier, *Prosas* [n. 22], p. 385. Analizaremos ese trabajo más adelante.

denuncia el peligro del imperialismo estadounidense, y que continúa en Balmaceda, derrocado por intentar recuperar las riquezas nacionales”.<sup>25</sup>

Hay una evidente contradicción en Teillier, pues si por un lado también él desprecia el sistema liberal al que asocia con “la funesta era del ‘dejar hacer, dejar pasar’ de la época del parlamentarismo”, por otro, nunca deja de celebrar el esfuerzo de los colonos europeos (sus propios antepasados) que levantaron industrias, campos y riquezas, con el solo concurso de su propia habilidad para los negocios y sin ayuda alguna del Estado. Teillier manifiesta un permanente agrado por el desarrollo económico; por ejemplo, hablando del tren en la región sur de la Araucanía, dice: “El ferrocarril era la arteria vital para el desarrollo económico, ya que las vías fluviales y marítimas se habían hecho insuficientes”.<sup>26</sup> En estos artículos, Teillier se muestra partidario del esfuerzo personal y (aunque sin decirlo de esta manera) de la riqueza que produce el capitalismo. Tristemente, recuerda aquella época en la que los pueblos del sur de Chile brillaban por su gran actividad comercial e industrial. Las simpatías de Teillier hacia Encina aumentan cuando se refiere a su libro emblemático:

No menos importante es la actuación del desaparecido historiador en el campo de la teoría económica, con su obra *Nuestra inferioridad económica* (1912), que mantiene plena vigencia, al punto de que en 1962, en Santiago, la FAO y la UNESCO se reunieron en conferencia varias semanas dedicadas exclusivamente al tema planteado por Encina hacia cincuenta años: la contribución de la educación al desarrollo económico.<sup>27</sup>

Teillier destaca un aspecto fundamental, el de la educación en el que tanto insistió Encina, y de paso, a las críticas que hace al librecambismo y la necesidad de pasar de la economía agraria a la industrial. Dice Teillier, citando casi textualmente al historiador del Centenario:

Encina tuvo la clarividencia de señalar el fenómeno tan de moda del “subdesarrollo” antes que nadie, y llamó a despertar a nuestra sociedad, para ponerse a tono con el desenvolvimiento económico, llamó a superar las viejas fórmulas impuestas por el librecambismo de Courcelle Seneuil, a sustituir el liberalismo por una política realista económica y comercial que no se centrara en el preca-

<sup>25</sup> “La Unidad Popular y el fin de un mito”, publicado en *Plan* (Santiago), núm. 48 (mayo de 1970), en *ibid.*, p. 414

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 393

<sup>27</sup> Teillier menciona el artículo de José Vicente Mogollón, “Francisco Antonio Encina su personalidad y sus ideas sobre la raza, la economía y la educación. Escenario: Chile, 1910”: *Revista Atenea* (Concepción), núm. 450 (julio-septiembre de 1964), pp. 3-21. En mi opinión, uno de los trabajos más documentados y objetivos sobre Encina

rio desarrollo agrícola, sino en el desarrollo industrial. Vio antes que nadie, igualmente, cómo el estándar de vida aumentaba en forma geométrica mientras que las actitudes económicas en forma aritmética, y como al contacto de civilizaciones más avanzadas se crean necesidades que desequilibran moralmente al individuo, si no se desarrollan las actitudes económicas necesarias para sobrevivir, como ocurre en las viejas civilizaciones, llegándose a la desmoralización.<sup>28</sup>

Este último elemento, la educación, es recogido por Teillier, trayéndolo a su propio presente: “La *bête noire* de Encina es la educación chilena, a la que ve irremisiblemente fuera de la realidad, caduca, imponiendo enseñanza integral cuando se necesita la vocación que desarrolle las aptitudes económicas y no las burocráticas. El liceo y la universidad son blanco de sus iras”.

### *Chile: un país diferente en América Latina*

LA imagen planteada reiteradamente por Encina y los conservadores presenta a Chile como una isla de paz y progreso en el continente sudamericano, pero analizada por más amplios sectores de ensayistas no es algo fácil de establecer, pues en los mismos años sesenta se presenta una creciente sensibilidad que intenta lo contrario, es decir, insertar a Chile con el resto de América Latina, no sólo desde la historia, sino desde la política, el arte, el folclor, el cine y la literatura.

Y es seguro que Jorge Teillier participó de esta creencia. Sin embargo, ambas posiciones no parecen contrapuestas, es decir, parecía posible pensar que Chile había tenido un pasado que le permitía el orden social, la existencia de un Estado temprano y maduro y el desarrollo económico (desde un punto de vista conservador); y que ese mismo pasado le permitía al país ahora alcanzar las reformas políticas para llegar al socialismo sin salirse del orden social. Estas creencias coexisten en los años sesenta, no de manera antagónica sino complementariamente.

Teillier, arrobado de amor popular, acepta el discurso oficial que desde fines del siglo XIX muestra a Chile como un país vencedor, un país ordenado socialmente (a través de la oligarquía y del gobierno de Portales), como una isla (superior) dentro del continente americano. Son ideas que han calado muy profundo en el país y que terminaron por penetrar incluso entre los opositores al discurso oficial, por lo que podemos pensar que en la sociedad chilena de los años sesenta, incluida una parte de la izquierda

<sup>28</sup> Teillier, *Prosas* [n. 22] p. 386.

había una marcada presencia de cierto conservadurismo, como en la matriz que he descrito. Al menos hasta el año 1973.

Más aún, Teillier hace suya la tesis de que fueron los gobiernos conservadores los que levantaron el nivel económico del país. Dice Teillier siguiendo muy estrechamente el tono de Encina:

Nadie puede dejar de ver que hasta la época de Balmaceda Chile era país preponderante dentro de Sudamérica: vencedor de la Guerra del Pacífico, lo que le permitía ser único productor mundial del apetecido salitre; con astilleros que construían hasta *destroyers*, la más fuerte flota de la Guerra del Pacífico (superior incluso a la norteamericana) y hasta exportador de casas prefabricadas a California, y trigo y harina a Australia y Argentina. Todo esto era motivo de legítimo orgullo.<sup>29</sup>

Evidentemente, no hay aquí una política latinoamericana (bolivariana), pero sí la idea del desarrollo económico, de la competencia, de las exportaciones al resto del mundo, de ser dirigente en el continente. Si Teillier, y los que lo acompañaban, pensaban que esto era cierto, ¿por qué entonces no continuar con el modelo capitalista exportador que tan buenos resultados había producido? ¿Para qué modificarlo por un proyecto socialista? Porque, tal vez, más que un proyecto socialista, Teillier y muchos de sus cercanos pensaban en cierto capitalismo de Estado, en que se mantuviera el modelo que tanto éxito había tenido en el siglo XIX, pero administrado por funcionarios del gobierno que reemplazaran a la decadente oligarquía. Un socialismo que manteniendo el modelo exportador, recuperaba (desde el Estado) la fuerza de los primeros empresarios, y repartía las ganancias a los que nada tenían.

En conclusión, también para Teillier, la sociedad chilena tuvo más ventajas económicas en el pasado que en el presente. Un país con una cultura y una convivencia social que se debe mantener, pero que debe entregar a las mayorías las ventajas del sistema para alcanzar una sociedad más justa. Esto es inevitable pues coincide con la corriente de la historia. Y se podría lograr en plena normalidad política, como nos dice en su artículo “Días de la frontera”, escrito en marzo de 1969, a un año de la elección de Salvador Allende como presidente de Chile y a escasos cuatro años del golpe militar, en el que el país que describe Teillier es de absoluta

<sup>29</sup> Para ser precisos, Encina alegaba que el éxito se había logrado mientras estuvieron los conservadores en el poder, es decir, hasta la década de los cincuenta del siglo XIX. Momento a partir del cual, y Encina da pruebas, con el traspaso del poder a los liberales, la economía decayó hasta su propio presente, es decir hasta 1910. Teillier, en cambio, estira el éxito económico hasta Balmaceda, aunque sin citar antecedentes económicos que lo prueben. Teillier. *Prosas* [n. 22], p. 391.

tranquilidad. Teillier no capta la crisis que se aproxima y aunque menciona al presidente Balmaceda no hay conciencia del peligro real de una guerra civil o de la crueldad con que se manifestó el golpe militar.

### *Volodia Teitelboim y la recuperación crítica de Encina*

**JORGE TEILLIER** no fue el único que desde la izquierda realizó una positiva recepción a Encina. En septiembre de 1965, a la muerte del historiador, el Senado realizó una sesión de homenaje a Encina en la que participó Volodia Teitelboim, entonces senador comunista,<sup>30</sup> quien realizó una exposición de la vida y pensamiento de Encina con dos propósitos: por un lado establecer las diferencias doctrinarias entre una concepción “subjetivista” como la de Encina, y la suya “materialista” e inspirada en el marxismo,<sup>31</sup> y, en un segundo momento, Teitelboim celebra las ideas de Encina, particularmente la de su preocupación por el desarrollo económico del país.

En la primera parte, Volodia Teitelboim define a Encina como representante de una república “todavía patriarcal y aristocrática”, razón por la cual se distancia de Diego Portales, “un personaje que ha permitido toda clase de interpretaciones; una especie de hombre fuerte, draconiano, también Licurgo o Sila del patriciado, y, a la vez, asiduo de chinganas plebeyas y de amores extralegales”.

Más adelante reitera su admiración y su distancia y define la obra de Encina como una “labor tesonera, de ancha vastedad, surgida de una vocación apasionada y de un interés profundo por el destino de Chile. Reconocemos ese empeño y rendimos homenaje al esfuerzo. Sin embargo, debemos dejar en claro que tenemos conciencia de las hondas diferencias que separan la posición del historiador desaparecido de las nuestras”.

Teitelboim evita las críticas fuertes en los aspectos más vulnerables de Encina (su racismo y su oposición a las clases populares), y del mismo modo evita los elogios, tan propios de la época entre los lectores de la derecha, de reconocer en Encina los valores de “la raza”. Con la misma altura de miras, Teitelboim cierra su texto señalando un rasgo de carácter humano en el hecho de que en el momento en que el diputado de su partido Luis Emilio Recabarren fue impedido de integrar la Cámara por oponerse a jurar por Dios, la postura de Encina, nos recuerda Teitelboim, “fue de rechazo a la inhabilitación, lo que constituye un gesto humano de valor, pues la mayor parte de los parlamentarios de su partido votaron precisamente a favor del despojo de la investidura de Recabarren”.

<sup>30</sup> Volodia Teitelboim, Sesión 39ª, 1º de septiembre de 1965, pp. 2965-2970.

<sup>31</sup> En su discurso Teitelboim nunca cita ni a Marx ni a Lenin, pero sí a Voltaire, Montaigne, Rousseau, Hegel y Paul Valéry.



Concluye Teitelboim reiterando su posición: “Por eso, en esta noche, los senadores del Partido Comunista también recordamos a esta figura, a este historiador chileno con visión muy diferente de la nuestra, pero al cual respetamos por su sentido patriótico, por su ímpetu en el trabajo y por su idea colosal de una Historia de Chile que abarca desde los albores de la patria hasta nuestros días”.

Su admiración por Encina la basa también en su libro *Nuestra inferioridad económica*. Volodia Teitelboim, aunque menos que Teillier, defiende a Encina por razones similares: por su nacionalismo y su interés por la economía y lo rescata como un antecedente de su propia posición marxista y economicista. Es decir, el modo en que Teitelboim atrae a Encina a su propia posición es desde lo que denomina una “nueva interpretación” histórica, la historia económica: “La partición de la historia económico-social y del reconocimiento del papel primordial del factor económico en el desarrollo de la sociedad, se ha impuesto en medio de una acre pugna de ideas y corrientes”.

Desde esta mirada, Volodia Teitelboim enaltece a Encina justamente por su obra más ligada al tema, *Nuestra inferioridad económica*:

Allí, Encina hace un verdadero diagnóstico de algunos de los males que aquejaban a la economía chilena. Registra hechos que se han ido acentuando con el transcurso del tiempo y anota características de nuestro anémico desarrollo, del estancamiento y aun del retroceso en algunos planos, respecto de las últimas décadas del siglo diecinueve.

Por otro lado, Teitelboim alaba el nacionalismo y la oposición a la penetración de fuerzas extranjeras: “El extranjero —dice Encina— es dueño de las dos terceras partes de la producción de salitre y continúa adquiriendo nuestros más valiosos yacimientos de cobre”. Por eso, concluye Volodia, “estimamos dignas de ser recordadas las palabras con que alude a la penetración de los capitales foráneos en Chile y la pérdida de algunas de nuestras riquezas fundamentales. Las expresiones de Encina, atendida la distancia del tiempo, no dejan de tener actualidad”. Y en ese punto sus aplausos se acercan hacia la visión de Encina, por ejemplo, en lo relativo a la idea de que el orden social (portaliano-conservador) permitió el desarrollo económico en el siglo XIX. Y cita Teitelboim una opinión de Encina en la que parece estar de acuerdo: “La Marina Mercante Nacional — agrega — que merced a la temprana consolidación del orden, nació casi a raíz de la independencia, no sólo no se ha desarrollado paralelamente al crecimiento y a la intensidad del tráfico comercial marítimo, sino que ha

venido a menos y continúa cediendo el paso, aun dentro del cabotaje, al pabellón extranjero”.

Y luego continúa citando a Encina en el mismo sentido nacionalista: “Fuera del país tienen sus directorios la mayor parte de las compañías que hacen entre nosotros el negocio de seguros. Los bancos nacionales han cedido y siguen cediendo terreno a las agencias de los bancos extranjeros”. Es decir, el nacionalismo y el interés por la economía igualaban en algún sentido a ambos pensadores, un conservador y un comunista, más allá de sus diferencias doctrinarias. Pero, sobre todo, en su mutua desconfianza en el liberalismo y la democracia.

*La doble identidad nacional  
la positiva y la negativa*

ESTE nacionalismo y esta buena opinión del país tienen su contrapartida en una imagen negativa en la que muchos ensayistas de los sesenta estuvieron de acuerdo. Esta negativa imagen tiene muchas expresiones. Una de ellas tiene su origen en un país sometido a una confrontación ideológica excesiva o en un país dividido por intereses contrapuestos o aún en una negativa caracterología social.

Por ejemplo, Luis Oyarzún (1920-1972) publicó en 1973 *Defensa de la tierra*, texto en que se vuelven a mostrar algunos vicios del chileno y particularmente su falta de respeto por la naturaleza y el daño ecológico que provoca. En 1967 Oyarzún había publicado *Temas de la cultura chilena*, donde analiza cuestiones clave de la cultura nacional: la poesía de Gabriela Mistral, la relación poesía-sociedad y una documentada crónica de su propia generación literaria.

En “Resumen de Chile” vuelve a insistir en cuestiones muy cercanas a Francisco Antonio Encina, como el aislamiento superior de Chile en América Latina, la pobreza (económica y cultural) y el tema del (frustrado) desarrollo económico del país. Pero, además, Oyarzún agrega otro tema, el de un país dividido por una fuerte confrontación ideológica en el siglo XIX, específicamente entre liberales y conservadores, como una tendencia permanente, en una evidente alusión a las fuertes diferencias políticas que caracterizaban su propio presente histórico. Para comprender este conflicto nos habla de dos tipos de chilenos: el chileno marginal, pobre y andariego (“roto pata de perro”), asociado a la fantasía y al cambio; y el “huaso” sedentario y conservador.

Desde esa perspectiva nos presenta la existencia de dos países: uno en el que prima la tolerancia, la democracia, la cultura, el orden y la libertad; y en el otro lo contrario. El primero progresa en paz y orden social, de

manera completamente diferente a América Latina, por lo que puede incluso convertirse en un modelo para ésta, debido justamente a la creación temprana de un Estado político (organizado por Portales), y de una hegemonía racial que le asegura fuerza y originalidad. Y por otro, un país poblado por individuos inseguros, más imitadores que creativos; un país que no logra romper el círculo de la pobreza y el aislamiento. En ambos están presentes los diagnósticos y los argumentos de Encina.

Igualmente esclarecedor del tema de la negativa imagen resulta la lectura del *Diario íntimo* de Luis Oyarzún.<sup>32</sup> Por ejemplo, en la entrada del 26 de septiembre de 1959 hace una aseveración que no explica pero que resulta muy próxima al ideario de Encina: “Chile, país sin élite”<sup>33</sup> Y algunos años más tarde reitera la imagen de un país en crisis, un país detenido y pobre. El 24 de enero de 1961 escribe:

En todas partes, la miseria de Chile, miseria con desidia, con mala voluntad, con impulsos agresivos. El problema no es sólo económico sino también moral y sería iluso quien creyera que la solución de éste depende sólo de la de aquél. El chileno proyecta su feísmo de población callampa a la naturaleza y por eso no le cuesta arruinar su hermosura. Él no mira el paisaje ni tiene la capacidad de verlo en perspectiva, que exige una condición mental superior, la facultad de desprendimiento estético y moral. Los montes, las selvas, las cascadas impresionan al chileno por su magnitud, como expresión espectacular de fuerza, y no por su belleza, tal como podrían deslumbrarlo un portaviones o un terremoto.

Oyarzún se detiene en lo que podemos denominar como la indiferencia ecológica del chileno:

El habitante de estos pueblos (se refiere a Carahue, Nueva Imperial, Collipulli, Gorbea) es indigno de su paisaje natural, es un fantasma ciego. Como dice Miguel Serrano del chileno, “vive de espaldas al paisaje” Y no sólo a las grandes líneas, también a las menudas. Son muy pocos los que conocen los nombres de los árboles o las flores y sólo la afición por la caza les permite denominar a los animales más comunes. La ruca araucana tiene una holgura, una espaciosidad, superior al rancho campesino. Es menos sórdida y hasta, se diría, más funcional, con todo a la mano y a la vista en su ruedo sin recovecos. Ruca y rancho están llenos de humo y los niños inmundos con conjuntivitis. Tal vez por eso les importa tan poco el humo de los incendios de bosque.<sup>34</sup>

<sup>32</sup> Luis Oyarzún, *Diario íntimo*, edición y prólogo de Leónidas Morales, Santiago, Departamento de Estudios Humanísticos, Universidad de Chile, 1995. Utilizo solamente los fragmentos correspondientes a nuestra época de estudio, es decir, los escritos entre 1959 y 1972.

<sup>33</sup> *Ibid*, p. 320.

<sup>34</sup> *Ibid*, p. 329.

No podemos dejar de observar la referencia a un escritor ideológicamente opuesto a Oyarzún como Miguel Serrano, que luego hará extensiva a otros autores contemporáneos y algunos del centenario; el 29 de junio de 1961 escribe: “En mi país, como bien lo ha dicho Benjamín Subercaseaux, todo es provisional, precario, todos están cambiándose de un momento a otro y una suerte de mediagua del alma es la ley”. Y el 3 de abril de 1968: “Atisbos de Nicolás Palacios sobre el roto en *Raza chilena*: ‘el ingenio de la rusticidad’”.

Aunque por momentos modifica su actitud por la opuesta, un chileno que a pesar de todo logra sobrevivir, lo que domina es una posición muy crítica desde la cual denuncia un país detenido y pobre, incapaz de ningún logro de modernidad y poblado de habitantes culpables de sus propios males. Esta posición llevará a Oyarzún a un manifiesto nihilismo y especialmente a oponerse a la identidad popular, a la Unidad Popular y a las reformas sociales.

Su referencia a Portales, a partir de la llegada de la Unidad Popular, es similar a la de los conservadores. Previendo la crisis social que se anunciaba, escribe el 6 de septiembre de 1970, tres años antes del golpe militar y dos días después de la elección de Salvador Allende:

Las condiciones y expectativas de Chile han cambiado tanto en estos últimos dos días, como si se hubiera producido un cambio de astro. Ya nunca más será el país de antes, ese bello, malo y desgraciado país. Ahora es otro. Y muchos chilenos han de sentir que en éste están de más [...] ¿Hasta dónde llegará la elasticidad de Chile en el experimento social? No lo sabemos todavía. Tal vez no es mucha. En Chile nunca se han realizado experimentos políticos audaces. Es el país del sentido común, la República de Perogrullo. Tal vez eso es lo que llamaba Diego Portales “el peso de la noche” y, un siglo más tarde, su epigono Alberto Edwards “la República en forma”.<sup>35</sup>

A partir de aquí, Oyarzún pierde toda esperanza y el difícil contexto histórico dominará sus reflexiones. Por una parte el aumento de la mala imagen del país y de la ciudad; escribe en junio de 1971: “De nuevo Santiago me parece una de las ciudades más feas del mundo, aunque no desprovista de un cierto encanto polvoriento, roto. Es como el país. Hasta suelen gustarme sus malas partidas, lumpen, suciedad, desorden”<sup>36</sup>. Y por otra, su oposición a la violencia que iba adquiriendo el proceso social de la Unidad Popular. Escribe el 30 de marzo de 1972:

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 573

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 577

Pero hay un hecho que vale irremediamente contra el gobierno de la UP, a pesar de todos sus planes y proyectos dignos de aplauso: la voz que han alcanzado en su favor la ineptitud, el fanatismo y la ignorancia. Los mayúsculos problemas del país son abordados por oportunistas o sectarios ignorantes, que creen que la sociedad se gobierna “con ideas”, a golpe de tv y radio. Es la república de los locutores.<sup>37</sup>

### *Un país en crisis y Portales como solución*

HERNAN DÍAZ ARRIETA (1891-1984), conocido con el pseudónimo de *Alone* y ganador del Premio Nacional de Literatura en 1959, como los ensayistas anteriores, observa un país en crisis y propone a un nuevo Diego Portales como la única solución para superarla. Díaz Arrieta utiliza el diagnóstico de Encina para comprender la “crisis” que observa en la sociedad chilena y aunque publica su libro un año después del golpe militar, en 1974, los escritos que lo forman fueron publicados durante los sesenta.<sup>38</sup>

Por la posición política de *Alone*, no es de extrañar su cercanía con intelectuales conservadores como Jaime Eyzaguirre cuando realiza una reseña de su libro *Fisonomía histórica de Chile*,<sup>39</sup> en la que comparte la idea de que Chile tiene un carácter que lo distingue del resto de los países hispanoamericanos al haber sido marcado por el orden político creado por Portales. Tal orden, a juicio de *Alone*, permanece aunque en “restos destrozados”. La crisis para *Alone* no es como para Pinto y Teillier, por los errores que se arrastran desde el pasado, sino por la presencia del gobierno de la Unidad Popular, es decir, por el presente.

El razonamiento de *Alone* avanza entre las ideas de Encina y las de Eyzaguirre, postulando a Diego Portales como el creador del Chile republicano que logró que mientras el resto de América era presa de la anarquía, Chile tuviera una ordenada vida institucional, sólo comparable, dice *Alone* citando a Eyzaguirre, a la de “Inglaterra y al periodo de los Antoninos en Roma”.<sup>40</sup> En este caso, la admiración por Portales, o más bien el terror a la Unidad Popular, lo lleva a una exagerada idealización

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 599.

<sup>38</sup> *Alone*, *En la batalla política*. selección y prólogo de Sergio Fernández Larraín. Santiago, Editora Nacional Gabriela Mistral, 1974. Son textos escritos entre 1962 y 1973 (con excepción de uno, “La chilenidad de don Crescente”, escrito en 1931). Cito por la fecha original de cada artículo, las páginas corresponden a la edición mencionada.

<sup>39</sup> *Alone*, “*Fisonomía histórica de Chile*, de Jaime Eyzaguirre”. *El Mercurio* (Santiago), 26-VIII-73, p. 19.

<sup>40</sup> Las críticas de Jaime Eyzaguirre van contra los liberales del siglo XIX y José Joaquín de Mora en particular. También en contra de una Europa convulsionada por crisis sociales y políticas, mientras Chile, con la Constitución política de 1833, dirigida por Portales, vivía en paz.

que lo conduce a proponer que es justamente por la ausencia de una figura como la de Portales que Chile vive su crisis actual: “La queja, la unánime queja del momento es, ¿quién no la ha oído?, la falta de hombres, de un hombre”.<sup>41</sup> Chile vivía en los años sesenta y comienzos de los setenta una situación que Alone define como “inversa” a la del conservador Portales: mientras con él había orden social y progreso económico, su ausencia (o la presencia de un gobierno como el de Salvador Allende) se traduce en desorden social y estancamiento político y económico. Es decir, pensadores conservadores como Alone veían que frente a las reformas introducidas por la Democracia Cristiana y agudizadas por la Unidad Popular que consideraban una crisis social, solamente la figura de un líder podría salvar al país. Este líder debía tener la estatura política de Portales. Y es en torno a esa figura que en reiterados ensayos se vuelve a cifrar el presente y el futuro de Chile.

Alone mantiene una diferencia con Encina y es que opina desde la oligarquía y no en contra de ella y en el “Chile actual” se vive una crisis, justamente por la ausencia de esa oligarquía y a pesar de que se escuchan, dice Alone, críticas a la oligarquía enrostrándole “su imprevisión, su rutina, su apego a los privilegios, su falta de amplitud y obstinado egoísmo”, sin embargo, esta oligarquía construyó un país que pudo recibir a Andrés Bello, y por eso “en ningún otro país de Hispanoamérica habría conseguido desarrollar el insigne Bello su poderosa y benéfica personalidad como en nuestro país”.<sup>42</sup> Alone considera que Bello fue “el complemento y culminación de la empresa portaliana” y que su llegada a Chile fue un designio del destino, pues con su obra el pueblo chileno se civilizó.

Para Alone, Portales “nos libró del caos” y Bello continuó su labor, por lo tanto Chile se construyó sobre dos pilares: el orden portaliano y la campaña civilizadora de Bello, “uno de nuestros fundadores”. La herencia de estos dos personajes ha permitido un orden sólido en el que no caben revoluciones sociales. Esta situación jurídico-política ha permitido que Chile sea admirado por figuras como Rodó quien, en 1910, se refirió a este país como “maestra de naciones”.<sup>43</sup> Ésa es la esperanza de Alone frente a los nuevos cambios políticos, “que el ayer no podrá ser destruido”.<sup>44</sup> Alone, como Encina, insiste permanentemente en la diferencia de

<sup>41</sup> Alone, “*Fisonomía histórica de Chile*, de Jaime Eyzaguirre” [n. 39], p. 23

<sup>42</sup> Alone, “El papel social de Bello”, *El Mercurio* (Santiago), 19-vi-65, p. 30

<sup>43</sup> La referencia a Rodó es importante pues Alone y otros conservadores propondran para salir de la crisis lo que podemos denominar como un “neoañelismo”, tema que analizaremos en la segunda parte de este artículo.

<sup>44</sup> Después del golpe militar de 1973, Alone escribió un artículo en el que señala “Ignoran seguramente en Caracas algo que, aun aquí, no todos han advertido. el principal

Chile respecto de los países del continente y, frente al desborde de aquellos, los chilenos aparecen como “escasos, medidos, escuetos de actitud, con un íntimo complejo de inferioridad que sólo compensaba la conciencia del valor guerrero”.<sup>45</sup>

Como se ve, la referencia a una salida militar (a través de la presencia de un líder) para oponerse a la crisis es permanente en Alone, sobre todo porque aquellas virtudes han terminado por resquebrajarse en el Chile de los sesenta y para él resulta urgente recuperarlas. Alone se lamenta, como Encina en su momento, que el esfuerzo de Portales cayó en desuso y a partir de Lastarria y los liberales el *yo* comenzó a “inflarse”, a alardear y ostentar. En la actualidad, concluye, Chile padece una “embriaguez” política.

Los argumentos de Alone se acercan notoriamente a los de Encina, e incluso en ocasiones lo cita directamente. Por ejemplo, al señalar que Gabriela Mistral apreciaba al “gran historiador Francisco Encina” y la calidad “fundamental” de su prosa.<sup>46</sup> Pero, sobre todo, al utilizar expresiones como “desconformados cerebrales”, que usaba Encina para despreciar a los liberales y que Alone trae al presente para caracterizar a sus adversarios políticos, socialistas y democratacristianos. El desconformado cerebral, dice, evidencia un desajuste con el mundo que lo rodea, no entiende bien lo que lee e intenta aplicarlo “sin coherencia a una realidad que tampoco percibe del todo”. Las teorías del desconformado parecen admirables, vistas desde lejos, pero de cerca, él es un “fanático resuelto a todo y que no despierta jamás de su sueño”, y la “desconformación cerebral del ideólogo adquiere un perfil celeste, apostólico, y lo presenta a los ojos de sus fieles bajo la figura de un Mesías”.

Bajo esta categoría, Alone (como Encina) incluye a todo aquel que se oponga a una concepción conservadora de la vida pública, ya sea en los inicios de la república como en la actualidad de los años sesenta, ambos periodos sometidos a la acción de sujetos considerados como “desconformados cerebrales” y ante los cuales Alone opone, una vez más, el juicio

vencedor del 11 de septiembre, el que al otro día recogió los frutos de su victoria y pudo comprobarla con sus ojos, fue la estatua de mármol que inclina la cabeza pensativa frente a su casa, ‘la Casa de Bello’, donde él forjó la cultura de Chile. Una peste se habla extendido por el país, una especie de epidemia cubría de lepra los muros de la ciudad [...] El país sufría estupefacto e impotente esa invasión primitiva en el seno de la civilización [...] Ya está limpio el pedestal de su estatua El resto vendrá de añadidura”, Alone. “El homenaje a don Andrés Bello en Caracas”, *El Mercurio* (Santiago), 25-xi-73, p. 393

<sup>45</sup> Alone, “¿Qué le pasa a Chile?”, *PEC (Política, Economía, Cultura)* (Santiago), 23-xi-65, p. 37

<sup>46</sup> Alone, “Los desconformados cerebrales”, *PEC (Política, Economía, Cultura)* (Santiago), 1-ix-65, p. 43

de Diego Portales que supo rechazar la anarquía. Alone escribe que en el periodo transcurrido entre O'Higgins y Portales los desconformados "flotaban", intentando, a juicio de Portales, imponer sistemas de gobierno que ni ellos mismos entendían y sin concordancia con la capacidad política y el estado social de Chile. La referencia al Chile de los sesenta es evidente.

Las opiniones de Encina, señala Alone, aparecen más actuales que nunca para denunciar a los "ideólogos" al confundir las lecturas sin lograr comprender la realidad chilena, provocando la anarquía social. Alone, como Encina y otros ensayistas conservadores, intentaba una filosofía de la historia desde la cual Chile es permanentemente sometido a dos fuerzas políticas contrapuestas: el orden social y la anarquía. En la primera están los conservadores, la oligarquía, las personas cultas y de buen juicio. Entre los segundos, los liberales (antes), los socialistas (hoy), los intelectuales y todos aquellos que propugnan la subversión y el desmantelamiento del orden social. En este clima, las opiniones de Alone pasan de juicios literarios a análisis de la política contingente, desde una ideología conservadora, para oponerse a los cambios sociales de los sesenta. En este sentido, la crisis de los sesenta aparece como distinta a la de 1910, que era percibida como el resultado de la indiferencia de las clases dirigentes en la "cuestión social". Ahora, en cambio, era resultado del aumento de la presencia de las masas en política.

### *Del antiliberalismo al antiprogresismo*

El tema de la Reforma Agraria (uno de los pilares del programa de la Unidad Popular) es otro de los rubros donde observamos su cercanía con Encina, al señalar que es a través de la educación como se consiguen propietarios capaces de manejar la tierra y no repartiéndola. Pero no se refiere a la educación del liceo ni a la cultura "humanística" basada en el cultivo de cualidades del espíritu "que no existen", sino mediante la formación de costumbres morales y de un conocimiento real, "según los dictados de la psicología moderna". Alone coincide incluso con el racismo de Encina cuando manifiesta una opinión negativa del chileno (pobre) como un hombre indolente, trashumante y no trabajador. Y agrega que la Corporación para la Reforma Agraria (CORA) carece de todo poder de persuasión, pues no tiene en cuenta que, "salvo una minoría (1%), al campesino le gusta fundamentalmente no trabajar".<sup>47</sup>

<sup>47</sup> Alone, "Sembradores de vientos", *PEC (Política, Economía, Cultura)* (Santiago), 2-xi-63, p. 91.



*El tema de la identidad nacional en una época en crisis*

PARA concluir, veremos dos trabajos de Hernán Godoy que, por tratarse de desgloses de otros autores, abarcan múltiples perspectivas de las señaladas aquí: sociedad en crisis, nacionalismo, identidad, antiidentidad etc., sobresaliendo el nacionalismo y el modo como los chilenos se enfrentan a la identidad nacional. En ambos casos, Godoy recurre a los diagnósticos del Centenario y particularmente a Encina.

Para exponer el pensamiento de Hernán Godoy me abocaré a dos de sus textos publicados durante el periodo que analizamos: *Estructura social de Chile* y “El pensamiento nacionalista en Chile a comienzos del siglo XX”. En *Estructura social de Chile*<sup>48</sup> Godoy, a través de una antología de textos publicados en cada periodo en que se dan luces sobre las características socioculturales del país, intenta que los textos nos digan por ellos mismos la situación social de Chile. De esta ordenación nos interesan dos momentos: el capítulo cuarto, “Ciclo de modernización urbana (1850-1950)”, y el quinto, “Ciclo de difusión urbana (1950-1970)”. El primero cae dentro de la generación de Encina y el segundo en los años sesenta.

El capítulo cuarto se divide en dos partes: a) “1850-1891. Expansión demográfica-territorial y predominio de la burguesía liberal”; y b) “1891-1920. La polarización de la riqueza y la cuestión social”, donde incluye, entre otros, el artículo de Francisco A. Encina (“Cambios en las condiciones sociológicas”). Godoy analiza el contexto de la época como una polarización de la riqueza, el surgimiento de la “cuestión social” y la inmigración extranjera. Una época de crisis en asuntos económicos, sociales y culturales, un país que no logra acomodarse al sistema de industrialización progresivamente vigente en el mundo.

Respecto del segundo momento, los años sesenta, incorpora textos de Aníbal Pinto, Eduardo Hamuy, Jorge Ahumada, Osvaldo Sunkel, Mario Góngora, Pablo Huneeus, Eduardo Frei y el discurso del presidente Allende en el Estadio Nacional leído el 5 de septiembre de 1970, entre otros. En todos ellos se presentan, de una u otra manera, las ideas de Encina. Por ejemplo, cuando señala que el “antiguo fenómeno observado en Chile del relativo adelanto de su estructura sociopolítica frente al rezago de la estructura económica parece haberse agudizado en las dos últimas décadas, por el aumento de las presiones”.<sup>49</sup> Y recurre a Encina y su concepto de “efecto de demostración” para explicarlo. Dice Godoy: “Sin duda ha contribuido a este proceso el extraordinario incremento de las

<sup>48</sup> Hernán Godoy Urzúa, *Estructura social de Chile*, Santiago de Chile. Editorial Universitaria, 1971, p. 632.

<sup>49</sup> *Ibid.*, p. 412.

expectativas o aspiraciones de la población, hecho vinculado al desarrollo de la urbanización y de la industria, y al llamado efecto de demostración a través de los medios de comunicación masiva”.

En el segundo de los artículos que hemos mencionado, “El pensamiento nacionalista en Chile a comienzos del siglo xx”,<sup>50</sup> reitera muchos de los conceptos anteriores, pero focalizado en la idea de que aunque el nacionalismo no ha estado presente en los partidos políticos si lo ha estado en los ensayistas de comienzos del siglo xx, los cuales tienen la particularidad de referirse a temas concretos de la sociedad, mientras que en los ensayistas del siglo xix (Lastarria, Bilbao) predominó “la exposición doctrinaria de ideas políticas y filosóficas con escasa referencia a la realidad inmediata”. Como en Lastarria, por ejemplo, de quien Godoy, citando a Luis Oyarzún, nos dice que muestra una “acentuada insensibilidad para captar lo singular y concreto, pues los planes que bosquejan sus obras constituyen una política abstracta intemporal y desvitalizada”. O en los escritos de Bilbao, en los que, según Godoy, “este carácter es aún más acentuado; la aplicación al plano nacional de las ideas liberales y de los ideales positivistas adquieren una forma verbalista y declamatoria sin fundamento en la realidad chilena”. Y concluye que las “obras de esos y otros escritores (liberales) son formulaciones teóricas inspiradas en el pensamiento europeo —liberalismo, romanticismo social, positivismo cuyos principios se “aplican a la interpretación de la sociedad chilena, con el propósito de orientar su reforma”.

También Godoy opta por cierto antiliberalismo que, en este caso, se asocia a especulaciones alejadas de los problemas concretos. Frente a esa actitud desligada de la realidad nacional, Godoy celebra a los del Centenario, a los que denomina “ensayistas sociales”,<sup>51</sup> porque analizan la sociedad chilena “con escaso aparato doctrinario y teórico, pero mayor consideración de los datos de la realidad”.

Godoy señala que “ambos grupos muestran una clara preocupación política, pero mientras los del siglo pasado cifraban sus esperanzas en nuevas constituciones y en vagas reformas de la sociedad y del hombre, los autores de comienzos del siglo xx apuntan a cambios políticos,

<sup>50</sup> Hernán Godoy, “El pensamiento nacionalista en Chile a comienzos del siglo xx”, *Revista Dilemas* (Santiago), núm. 9 (diciembre de 1973). El texto se reeditó en Enrique Campos Menéndez, comp., *Pensamiento nacionalista*, Santiago, Editora Nacional Gabriela Mistral, 1974, y en Eduardo Devés, Javier Pinedo, Rafael Sagredo, *El pensamiento chileno del siglo xx*, México, FCE, 1999. Cito por esta última edición.

<sup>51</sup> Menciona a Nicolás Palacios, Luis Ross Mujica, Tancredo Pinochet, Julio Saavedra, Alejandro Venegas y Francisco A. Encina.

económicos y culturales específicos, en consonancia con los diagnósticos concretos y particulares que formulan en sus obras”.

Coincidiendo plenamente con Encina, Godoy habla de una “intensa crisis social y moral” a comienzos del siglo xx, la que estuvo marcada por la “extrema polarización de la riqueza y la miseria, por el quiebre del consenso entre los estratos de la sociedad y se experimentan los más trágicos enfrentamientos sociales”. A estos problemas, Godoy agrega uno que le parece particularmente relevante, el de la inmigración y la colonización, que despertó los sentimientos nacionalistas de aquellos intelectuales con respecto a la desvalida situación en que quedaban los chilenos. Pero además, el diagnóstico de Hernán Godoy coincide con el de Encina, en que el motivo central de la queja es la decadencia del país respecto de la época anterior. Dice Godoy:

Chile había mantenido una clara supremacía económica, cultural y política entre los países hispanoamericanos hasta pasada la mitad del siglo [xix]. Esa hegemonía se veía amenazada por el veloz crecimiento demográfico y las tendencias expansionistas de Argentina, que hasta 1865 tenía una población equivalente a la de Chile y la había duplicado en el curso de unas pocas décadas por la inmigración masiva, mientras nuestro país se limitaba al crecimiento vegetativo. Los sucesivos gobiernos chilenos intentaron promover la inmigración a través de agencias en diversos países europeos, ofreciendo a los extranjeros que quisieran radicarse en Chile el costo del viaje, tierras para su colonización y un equipamiento inicial. Estos planes, que constituían un lucrativo negocio para los agentes extranjeros encargados de traer inmigrantes, contrastaban con el desamparo en que se mantenía a los obreros y campesinos chilenos, excluidos de los programas de colonización que tan generosamente se brindaba a los extranjeros.<sup>52</sup>

Por otro lado, cuando Hernán Godoy analiza a Francisco Antonio Encina también recurre a su libro símbolo, *Nuestra inferioridad económica*. Godoy establece las causas por las cuales, según Encina, la economía chilena es débil: la falta de un territorio en el cual sustentar una agricultura a la que el chileno se entrega en lugar de fomentar la industrialización; la negativa psicología económica del chileno, marcada por “la falta de perseverancia, la obsesión por la fortuna rápida, la incapacidad para el trabajo metódico, la debilidad del espíritu de asociación y cooperación, el derroche del tiempo etcétera”.

Y participa igualmente de los aplausos de Encina a Portales, así como de la culpabilidad a las políticas liberales, consideradas causantes de la

<sup>52</sup> Godoy, “El pensamiento nacionalista en Chile” [n. 50], p. 255

decadencia, al haber desprotegido la industria nacional y fomentado la inmigración extranjera. Godoy cita directamente a Encina:

El comerciante extranjero, para realizar sus fines de lucro, estimuló los consumos de productos exóticos y moldeó nuestros gustos en armonía con su interés, despertando nuestra admiración por las producciones de las economías extrañas. El libro europeo despertó a su turno la admiración por las ciencias, las artes, las instituciones y, en general, por la civilización, de la cual era él mismo un producto. Y por último, el viajero chileno difundió por el ejemplo la admiración por el traje, por el menaje, por la etiqueta y por mil detalles que el sociólogo engloba bajo el rubro de oropel social.

Finalmente, coincide también en la necesidad de fomentar una educación que permitiera desarrollar “la eficiencia económica de la población, por medio de la enseñanza que puede suplir los vacíos y contribuir directamente a rehabilitar el sentimiento de nacionalidad”. Según Godoy, los principales aportes de Encina son: el haber influido en la política, a través del nacionalismo, y en la cultura con un programa que intentaba educar para alcanzar el desarrollo económico.

En síntesis, la imagen de país que propone Hernán Godoy es la de una sociedad en crisis tanto a comienzos de siglo como en su propia época, los años sesenta. Un autor muy cercano a una solución democrática, pero también nacionalista. Un hombre insatisfecho del estado social del país y que busca, desde la propia identidad, refundar Chile. Un país que necesita más democracia y más economía, y que no parece opuesto al proyecto de Salvador Allende de iniciar “el camino al socialismo en democracia, pluralismo y libertad”.<sup>53</sup> Es decir, un nacionalismo democrático como el de Pinto, Ahumada, Teillier y otros, en el que cabía perfectamente el proyecto de país de Francisco A. Encina.

### *Conclusiones*

**H**i mostrado cómo la matriz creada por Francisco A. Encina está presente entre un grupo importante de ensayistas de los años sesenta en, al menos, dos aspectos fundamentales: el tema de la crisis social y el de un país diferente al interior de América Latina por la presencia del conservador Diego Portales y su intento de hacer política desde la no política, idea que se encarna en Encina y que más tarde hará suya el gobierno militar de Pinochet.

<sup>53</sup> *Ibid*, p. 425.

Por supuesto no todo el pensamiento de los sesenta cabe de la misma manera en la matriz de Encina. La atracción por la matriz contraria —el mundo popular, la ausencia de racismo, la búsqueda de salidas democráticas a la crisis— también se manifestó, pero esto lo analizaré en otro artículo. No obstante, la imagen de un país que alguna vez pudo mostrarse dignamente ante el mundo y que en la actualidad de 1910 y la de 1960 se encontraba en crisis recorre ambos pensamientos.<sup>54</sup>

Y hasta Salvador Allende llegó a pensar que aquí, y sólo aquí, se podría iniciar una revolución, única en el mundo, dentro del sistema político y jurídico vigente, y que se podía mantener el crecimiento económico y aceptar algunos de los éxitos del capitalismo, al mismo tiempo de alcanzar un cambio económico y social que permitiera mantener y aumentar el desarrollo anterior e incorporar a las mayorías a los frutos de ese desarrollo para alcanzar el socialismo.<sup>55</sup>

La pregunta es ¿por qué esta matriz logró cruzar un espectro amplio de opiniones políticas diferentes, con un mismo diagnóstico del país? Mi respuesta es que hubo un punto en que los conservadores y los progresistas estuvieron de acuerdo y es en la oposición al liberalismo que tuvo muy pocos defensores, tanto a comienzos de siglo como en la convulsionada década de los años sesenta.

<sup>54</sup> El tema de la crisis está presente además en Eduardo Frei Montalva, Osvaldo Sunkel, Mario Góngora, Eduardo Hamuy, Pablo Huneus, Salvador Allende, entre otros. Por espacio no puedo detenerme en ellos.

<sup>55</sup> El golpe militar de 1973 fue para muchos justamente la prueba de que Chile no era tan diferente y que su democracia estaba menos preparada de lo que se creía para experimentaciones sociales extremas. También es cierto que no fue la izquierda la que finalmente se benefició de la idea de un Chile diferente en Latinoamérica, sino el gobierno militar quien la utilizó en beneficio propio: un Chile diferente y superior (incluso bélicamente), al mismo tiempo aislado, y que desde el siglo pasado enfrenta con orden el futuro, para volver a imponer un capitalismo nuevo y más agresivo. En este sentido, es evidente que el gobierno militar no asumió la totalidad del proyecto de Encina, pero estas diferencias las veremos en otro trabajo.